

La apropiación del espacio: una propuesta teórica para comprender la vinculación entre las personas y los lugares

Tomeu Vidal Moranta
Enric Pol Urrútia
Universitat de Barcelona

Los vínculos que las personas establecen con los espacios han sido objeto de análisis desde múltiples perspectivas. El apego al lugar, la identidad de lugar, la identidad social urbana o el espacio simbólico urbano son algunos de los principales conceptos con que se abordan procesos que dan cuenta de la interacción de las personas con los entornos y sus principales efectos. El fenómeno de la apropiación del espacio supone una aproximación conceptual cuya naturaleza dialéctica permite concebir algunos de estos conceptos de manera integral. Este planteamiento teórico viene siendo útil, más allá de su incidencia en la comunidad científica, para el abordaje de cuestiones como la construcción social del espacio público, la ciudadanía, la sostenibilidad (ambiental, económico y social) y en suma para aportar elementos teóricos y empíricos que permitan investigar e intervenir modos de interacción social más eficaces, justos y adecuados a las demandas sociales actuales.

Palabras clave: apropiación del espacio, apego al lugar, identidad de lugar, identidad social urbana, psicología ambiental.

The links between people and places have been explained from several points of view in social science literature. Place-attachment, place-identity, social urban identity, and symbolic urban space are some of the main concepts used to describe the interaction between people and their environments. A dialectical approach to the appropriation of space may be able to address some of these concepts in a more comprehensive way. Besides its impact within the scientific community, the approach is useful in applied questions such as the social construction of public space, civic responsibility, citizenship, and economic, social, and environmental sustainability, and contributes theoretical and empirical elements for fairer and more effective methods of social interaction in accordance with new social demands.

Keywords: appropriation of space, place-attachment, place-identity, social urban identity, environmental psychology.

Entre los rasgos con que suele caracterizarse el actual periodo entre siglos es habitual la mención a la compresión del espacio y el tiempo, favorecida por las nuevas tecnologías, con la consiguiente desaparición de la noción de distancia que, junto a la idea de la no existencia de límites, iniciada ya en la era moderna, y otros factores sociopolíticos relacionados con los modos de producción, pueden acentuar una idea de “progreso” ciertamente discutible. Pero esta lectura de la realidad social contiene elementos, ni tan nuevos como se apunta en ocasiones, ni incuestionables como parece aducirse en otras. Una posible aproximación a estas cuestiones es desde la óptica del concepto de apropiación del espacio (Korosec-Serfaty, 1976; Pol, 2002a; Vidal, Pol, Guàrdia y Peró, 2004), lo que constituye la finalidad principal de este artículo, cuyo objetivo es ofrecer una revisión del concepto efectuada en relación con otros cercanos. Para ello se abordará cómo se da cuenta, en psicología ambiental y social, de los vínculos entre las personas y los espacios, entendidos como construcción social de lugares, de donde se destacan el espacio simbólico, la identidad y el apego al lugar como principales conceptos. Por último se defiende cómo estos conceptos pueden ser explicados desde la apropiación del espacio, una propuesta que ha sido parcialmente contrastada de manera empírica.

Este objetivo se enmarca en una línea de investigación psicosocial de nuestro grupo de trabajo, centrado en el estudio y la intervención ambiental, e integrado en el centro de investigación CR Polis de la Universidad de Barcelona. Una línea de trabajo interesada en las peculiares formas de construir las relaciones de las personas con los espacios –con énfasis en la dimensión psicosocial–, donde la cuestión de la exclusión o la inclusión de personas y grupos es otra clave en la forma de generar significados y vínculos con los entornos. Se trata de investigar la relación entre las experiencias cotidianas y las nociones de lugar que construyen las personas, enfatizándose las acciones que se desarrollan en el lugar y las emociones, pautas y nociones que de éstas se derivan de forma conjunta y complementaria. Un tipo de indagación en la que hemos podido desarrollar algunos resultados y nuevos interrogantes en diferentes contextos de investigación hasta la actualidad (Pol, 1996, 2002a, 2002b; Valera, 1993, 1996, 1997; Valera, Guàrdia y Pol, 1998; Valera y Pol, 1994; Vidal, 2002; Vidal, Pol, Guàrdia y Peró, 2004).

La apropiación como punto de partida

El uso del concepto de apropiación en psicología se remonta a las visiones marxistas aportadas por la psicología soviética encabezada por Lev Semionovich Vigotski y continuada por Aleksei Nicolaevich Leontiev. Desde este punto de vista, la apropiación es entendida como un mecanismo básico del desarrollo humano, por el que la persona se “apropia” de la experiencia generalizada del ser humano, lo que se concreta en los significados de la “realidad”. Este énfasis en la “construcción sociohistórica” de la realidad, en lo intersíquico para explicar lo intrapsíquico, se apoya en la idea de que la praxis humana es a la vez instrumental y social, y que de su interiorización surge la conciencia.

El “salto” de la apropiación, —entendida como “interiorización” de la praxis humana, a través de sus significados— a la apropiación del espacio se produjo desde las visiones fenomenológicas aportadas por la denominada psicología del espacio del núcleo académico de la ciudad francesa de Estrasburgo, encabezada por Abraham A. Moles en la década de 1960. La celebración de una conferencia internacional en esa misma ciudad, el año 1976, promovida por Perla Korosec-Serfaty, hizo visible este concepto entre la comunidad científica. A través de la apropiación, la persona se hace a sí misma mediante las propias acciones, en un contexto sociocultural e histórico. Este proceso —cerca del de socialización—, es también el del dominio de las significaciones del objeto o del espacio que es apropiado, independientemente de su propiedad legal. No es una adaptación sino más bien el dominio de una aptitud, de la capacidad de apropiación. Es un fenómeno temporal, lo que significa considerar los cambios en la persona a lo largo del tiempo. Se trata de un proceso dinámico de interacción de la persona con el medio (Korosec-Serfaty, 1976).

La poca fortuna de la palabra ‘apropiación’, cuyo sentido más habitual aparece asociado a la adquisición indebida de algún bien, además del menor predominio de los enfoques alejados de la modalidad positivista de la ciencia, durante cierto tiempo entre la comunidad científica, son algunas de las posibles razones del poco desarrollo posterior del concepto, cuyo objeto de análisis ha sido más habitualmente acotado desde otros conceptos cercanos, especialmente desde el apego al lugar (*place-attachment*).

Nuestra inclinación por la apropiación arranca de la conceptualización a partir de lo que hemos denominado modelo dual de la apropiación (Pol, 1996, 2002a), y que se resume en dos vías principales: la acción-transformación y la identificación simbólica. La primera entronca con la territorialidad y el espacio personal en la línea apuntada por Irving Altman (1975), lo que también es defendido por Sidney Brower (1980) al considerar la apropiación como un concepto “subsidiario” de la territorialidad. La identificación simbólica se vincula con procesos afectivos, cognitivos e interactivos.

A través de la acción sobre el entorno, las personas, los grupos y las colectividades transforman el espacio, dejando en él su “huella”, es decir, señales y marcas cargadas simbólicamente. Mediante la acción, la persona incorpora el entorno en sus procesos cognitivos y afectivos de manera activa y actualizada. Las acciones dotan al espacio de significado individual y social, a través de los procesos de interacción (Pol, 1996, 2002a). Mientras que por medio de la identificación simbólica, la persona y el grupo se reconocen en el entorno, y mediante procesos de categorización del yo —en el sentido de Turner (1990)—, las personas y los grupos se autoatribuyen las cualidades del entorno como definitorias de su identidad (Valera, 1997; Valera y Pol, 1994). La acción-transformación es prioritaria en estadios vitales tempranos como la juventud, mientras que en la vejez prepondera la identificación simbólica. Otro tanto ocurre en función del tipo de espacio, ya que en el privado es más posible la transformación, mientras que en el público suele ser más habitual la identificación (Pol, 1996, 2002a).

Partiendo de estos planteamientos teóricos, no es absurdo suponer que el espacio apropiado pase a ser considerado como un factor de continuidad y estabilidad del *self*, a la par que un factor de estabilidad de la identidad y la cohesión del grupo. Por otro lado la apropiación del espacio es una forma de entender la generación de los vínculos con los “lugares”, lo que facilita comportamientos ecológicamente responsables y la implicación y la participación en el propio entorno (Pol, 2002b). Entendido de esta forma, el entorno “apropiado” deviene y desarrolla un papel fundamental en los procesos cognitivos (conocimiento, categorización, orientación, etc.), afectivos (atracción del lugar, autoestima, etc.), de identidad y relacionales (implicación y corresponsabilización). Es decir, el entorno explica dimensiones del comportamiento más allá de lo que es meramente funcional.

Todo esto supone entender el proceso de apropiación dentro de la conceptualización de la relación entre los seres humanos y los entornos, cuestión que se aborda en el siguiente apartado. A continuación, el espacio simbólico, la relación entre identidad y lugar, y el apego son expuestos en respectivos apartados. Por último, concretamos un modelo teórico de apropiación planteando su utilidad para abordar algunas cuestiones sociales actuales.

Personas y espacios construyen lugares

Preguntarse cómo los espacios devienen lugares supone profundizar en las relaciones y los vínculos que se establecen entre las personas y los espacios. Estos procesos han sido explicados aludiendo a diversos conceptos (apropiación del espacio, apego al lugar, espacio simbólico urbano, identidad social urbana e identidad de lugar, etc.). Una línea de trabajo que de nuevo muestra sus posibilidades en la comprensión de lo que algunos han denominado el declive del espacio público, como ya apuntaba tempranamente el sociólogo Richard Sennett (1970, 1973), y cuya característica principal en el último traspaso de siglo consiste en el desplazamiento de los asuntos públicos a la esfera privada y la “ocupación” de lo público por asuntos privados, como ha expuesto, entre otros, Zygmunt Bauman (2001). Para este autor, se trata de un aspecto paralelo al tipo de globalización económica neoliberal dominante, y hace notar la desaparición de los espacios públicos tradicionales, espacios de discusión donde se genera el sentido y se negocian los significados, sustituidos por espacios de creación privada destinados a ser objeto de consumo; consecuencia de la dualización social generada por dicha globalización, que a unos hace locales y a otros globales. Esta segregación social se plasma en el espacio urbano a través de la segmentación de usos, alejando la posibilidad de la interacción con “otros” diferentes (por ejemplo, en las denominadas “calles comerciales” en recintos privados); generando lo que Trevor Boddy (2004) denomina “ciudad análoga”, como un simulacro o analogía de la ciudad porque descuida la “civitas” y la “polis”, como también han expresado Jordi Borja y Zaida Muxí (2001).

Estas tesis han sido interpretadas por Manuel Castells (1997) desde la doble lógica de los espacios –la de los flujos y la de los lugares– para comprender la sociedad urbana en la era postindustrial. Los espacios de flujos donde tienen lugar la mayoría de los procesos dominantes, los que concentran poder, riqueza e información; y los espacios de lugares, donde se construye el sentido social, es decir, el espacio de la interacción social y la organización institucional, ya que la experiencia y el sentido humano necesitan de esta base local. En esta línea, Gustafson (2001a) resume en dos posturas el cambio en la concepción del espacio. Por un lado se halla la que apunta la irrelevancia del contexto local, gracias a las tecnologías de la información y la comunicación y la consiguiente inestabilidad de las relaciones entre las personas y los espacios, lo que provoca la ausencia de sentido del lugar o el incremento de “no-lugares” como Marc Augé (2000) denominó a los espacios sin marcas, que tampoco marcan a quien los habita. Mientras que otra postura sí considera que la globalización conlleva localización, una posición que Roland Robertson (1995) ya puso de manifiesto al utilizar por primera vez, en el ámbito académico, el término “glocalización”, para indicar la simultaneidad e interpenetración entre lo local y lo global.

En este último caso, se trata de precisar las formas en que las personas se relacionan con los lugares –movilidad y cosmopolitismo o inmovilidad y localismo–, las cuales devienen una expresión importante de la estratificación social (Albrow, 1997; Bauman, 2001; Castells, 1997; Sorkin, 2004). En palabras de Bauman, esta nueva concepción del tiempo y del espacio, «para algunos, es el augurio de una libertad sin precedentes respecto a los obstáculos físicos y de una habilidad desconocida para moverse y actuar desde la distancia. Para otros, presagia la imposibilidad de apropiarse y domesticar la realidad, una localidad de la que tienen pocas posibilidades de liberarse para trasladarse a otro lugar. Cuando las distancias ya no significan nada, las localidades, separadas precisamente por distancias, también pierden su sentido» (Bauman, 2001, p. 54).

Lo que no indica Zygmunt Bauman es cómo “re-construir” entonces esos sentidos y significados necesariamente compartidos, parte constituyente de lo que denominamos “social” –el espacio de lugares propuesto por Manuel Castells–, aun aceptando que su “consistencia” no sea muy sólida, o más bien “líquida”, usando la misma metáfora a la que el autor alude para calificar la época actual (Bauman, 2005). Es en otra obra suya, donde tal vez puede hallarse una orientación: la recuperación de la confianza en las relaciones sociales (Bauman, 2003). Un aspecto nada ajeno, por cierto, a los énfasis que suelen utilizarse para definir el “objeto” de estudio de la psicología social: la interacción social, la interinfluencia entre los actores, la interdependencia y las relaciones sociales, etc., para “acotar” –de forma disciplinar– la comprensión del comportamiento humano, en este caso, desde el eje que va (y vuelve) del individuo a la sociedad (y viceversa).

Pero de esta “acotación” disciplinar no debe considerarse que el interés por la construcción (psicosocial) de los lugares sea exclusiva (ni excluyente) de la psicología social, o de la psicología ambiental, definida en ocasiones

como “psicología social ambiental” (Canter, 1988; Pol, 1993), preocupada en este caso también por la interacción social pero recuperando el énfasis en el entorno (sociofísico). Desde otras disciplinas y desde diversas orientaciones teóricas cabe ubicar la profusión de conceptos y modelos teóricos que con mayor o menor medida pretenden dar cuenta de la relación entre las personas y los espacios: *topophilia* (Tuan, 1974); dependencia del lugar (Stokols, 1981); identidad de lugar (Proshansky, Fabian y Kaminoff, 1983); sentido de lugar (Hay, 1998); satisfacción residencial (Amérigo, 1995; Canter y Rees, 1982); satisfacción y sentido de comunidad (Hummon, 1992); identidad de asentamiento (Feldman 1990); identidad urbana (Lalli, 1992); identidad social urbana (Valera, 1996, 1997; Valera y Pol, 1994); espacio simbólico urbano (Valera, Guàrdia y Pol, 1998); apego al lugar (Altman y Low, 1992; Hidalgo y Hernández, 2001) y apropiación del espacio (Korosec-Serfaty, 1976; Pol, 1996, 2002a; Vidal, Pol, Guàrdia y Peró, 2004).

De todas estas propuestas nos proponemos destacar, evidentemente, el concepto de apropiación del espacio, desde el cual consideramos que pueden entenderse mejor algunos de los mencionados anteriormente. Los procesos que implican el fenómeno de la apropiación del espacio suponen una forma de comprender y explicar cómo se generan los vínculos que las personas mantienen con los espacios, bien como “depósitos” de significados más o menos compartidos por diferentes grupos sociales; bien como una categoría social más, a partir de la cual se desarrollan aspectos de la identidad; bien como tendencias a permanecer cerca de los lugares, como fuente de seguridad y satisfacción derivadas del apego al lugar. Para ello dedicaremos los siguientes tres apartados a cada una de estas apreciaciones.

La construcción de los lugares: el espacio simbólico

Si la apropiación es el proceso por el que un espacio deviene para la persona (y el grupo) un lugar “propio”, cabe atender a cómo se construye y se desarrolla este sentido. Sergi Valera (1993, 1996) menciona dos vías principales y compatibles en la aproximación al simbolismo. En la primera se destaca el simbolismo como una propiedad inherente a la percepción de los espacios, donde el significado puede derivar de las características físico-estructurales, de la funcionalidad ligada a las prácticas sociales que en éstos se desarrollan o de las interacciones simbólicas entre los sujetos que ocupan dicho espacio. Cercano a esta aproximación se halla el concepto de *affordance* de James J. Gibson (1979), donde se enfatiza la percepción del entorno en cuanto a su posibilidad de uso, de oportunidad ambiental. Percibir el significado del entorno en forma de *affordance* o de oportunidad ambiental, supone percibir directamente lo que se puede hacer con él y/o en él. De esta forma, un enorme gato negro de piedra situado en el interior de un aeropuerto, es “percibido” como una escultura de Botero, una referencia para indicar las escaleras a las zonas de embarque del aeropuerto, un punto de reunión donde quedar con alguien a quien vamos a recoger o un enorme juguete al que se desea trepar para montar en su lomo. En

cualquier caso, los significados son activados en el contexto ecológico, que es definido por la distribución de sus elementos (gato negro, escaleras de acceso, puertas, etc.), nuestras necesidades (recoger a una persona, embarcar, jugar, etc.) y las posibilidades de los objetos y/o espacios para interactuar con/en ellos (subir a su lomo, esperar apoyados en su peana, etc.). Percibimos, pues, un determinado significado porque percibimos un determinado contexto ambiental en que éste y sus elementos muestran un determinado sentido de uso, una determinada oportunidad –*affordance*–. (Gibson, 1979).

En la segunda vía complementaria propuesta por Valera se trata de comprender cómo se carga de significado un espacio determinado. Es aquí donde se incluye el proceso de apropiación del espacio. También aquí cabe añadir la doble fuente de referencia en la carga de simbolismo expuesta en Pol (1997): bien desde instancias con poder (simbolismo *a priori*), cuando, por ejemplo, se pretender “monumentalizar” un espacio público con un significado político determinado, a través de una escultura; o bien desde la propia comunidad (simbolismo *a posteriori*), al transformar ese significado político inicial determinado en otro distinto o incluso contrario; donde la reelaboración del significado al pasar del primero al último se explica a través de los procesos de apropiación del espacio.

Valera (1997, p. 20) define el espacio simbólico urbano como «aquel elemento de una determinada estructura urbana, entendida como una categoría social que identifica a un determinado grupo asociado a este entorno, capaz de simbolizar alguna o algunas de las dimensiones relevantes de esta categoría, y que permite a los individuos que configuran el grupo percibirse como iguales en tanto en cuanto se identifican con este espacio, así como diferentes de los otros grupos en relación con el propio espacio o con las dimensiones categoriales simbolizadas por éste». Añadiendo que para que un espacio simbólico sea así considerado debe ser percibido por los individuos del grupo como prototípico en el sentido apuntado por Turner (1990), al exponer su aproximación a los procesos de identidad social.

De esta forma el espacio (simbólico urbano) deviene una expresión de la identidad, lo que nos induce al interés por la relación entre éste y los procesos, más generales, de identidad social, de donde Valera elabora el concepto de identidad social urbana (Valera, 1997; Valera y Pol, 1994). Estos conceptos se relacionan con los procesos de apropiación del espacio y de apego al lugar, definidos como procesos dinámicos de interacción conductual y simbólica de las personas con su medio físico, por los que un espacio deviene lugar, se carga de significado y es percibido como propio por la persona o el grupo, integrándose como elemento representativo de identidad.

A la configuración del espacio simbólico urbano contribuyen tanto la distintividad físico-arquitectónica, que Lynch (1985) denominó “imaginabilidad ambiental”, como el conjunto de significados socialmente elaborados y compartidos que Stokols y Shumaker (1981) denominaron “imaginabilidad social”, analizable esta última, según los mismos autores, a partir de determinadas características del *campo social percibido*, o conjunto de significados socialmente elaborados y compartidos en relación con un determinado espacio (contenido, claridad, complejidad, heterogeneidad, distorsiones y contradicciones).

El significado del espacio se deriva, en definitiva, de la experiencia que en éste se mantiene, lo que incluye el aspecto emocional como ha destacado José Antonio Corraliza (1987, 2000). La experiencia emocional en los lugares implica que las acciones que se desarrollan en el lugar y las concepciones que del lugar se generan están imbricadas. De esta premisa también parte Gustafson (2001a), en un estudio empírico, al plantear tres polos alrededor de los cuales emerge el significado: el *self*, los otros y el entorno; y cuatro dimensiones principales: distinción, evaluación, continuidad y cambio. Los lugares con significado emergen en un contexto social y a través de relaciones sociales (escenario o dimensión local); se hallan ubicados geográficamente y a la vez relacionados con su trasfondo social, económico y cultural (situación o dimensión geográfica), proporcionando a los individuos un sentido de lugar, una “identidad territorial subjetiva” (Gustafson, 2001a).

La construcción del simbolismo del espacio ha sido explicada a través de la apropiación (Pol, 1997; Valera, 1993, 1996, 1997), de igual manera que la creación del sentido de lugar (Canter, 1976, 1977; Stefanou y Hatzopoulou, 1993). Si bien en algunos autores la cuestión del significado del lugar aparece también asociada a los procesos de identidad y de apego al lugar como veremos a continuación.

Cuando el espacio nos significa: identidad y lugar

Son los procesos psicosociales de comparación, categorización e identificación los que evidencian la relación intrínseca entre la identidad social y la individual o personal. La identificación con los demás (identidad social y compartida) y la diferenciación con los otros, para considerarnos únicos (identidad personal) constituyen dos mecanismos –de asimilación y diferenciación, como los llamó el francés Jean Paul Codol (1982, 1984)– que llevan al efecto de la “conformidad superior del yo” según este autor (Codol, 1975). Por otro lado, en la relación entre la identidad y los lugares es pertinente recoger la precisión de Graumann (1983) con respecto la identificación, al destacar tres procesos que de manera dialéctica provocan la continuidad y el cambio en la identidad: identificar el entorno, ser identificado por el entorno e identificarse con el entorno.

Mientras que las clásicas investigaciones de las relaciones intergrupales de Sherif y Sherif (1953) explicaban la identidad a partir de los procesos de cohesión social, Tajfel y Turner (Tajfel, 1978, 1984; Tajfel y Turner, 1986) propusieron la construcción de la identidad a partir de la identificación con los atributos más característicos de los grupos a los que uno desea pertenecer. La acentuación de las diferencias intergrupales y las semejanzas intragrupalas desemboca en una identidad social guiada por el refuerzo de la autoestima personal. Posteriormente, en su teoría de la categorización del *self*, Turner (1990) destaca los principios de metacontraste y los conceptos de saliencia y prototypicalidad para explicar la identidad social en los grupos, a través de la despersonalización del yo.

Desde estos planteamientos, Valera (1996, 1997; Valera y Pol, 1994) entiende el espacio físico como una categorización del *self*, lo que se traduce

en el sentido de pertenencia a determinados entornos que son significativos del grupo. A esta vertiente física, Valera añade la simbólica y social, de manera que la identidad social puede derivarse del sentimiento de pertenencia a un entorno significativo, como una categorización social más, y en la que el proceso de categorización espacial se fundamenta según el autor en seis dimensiones: territorial, psicosocial, temporal, conductual, social e ideológica.

Sin olvidar otros planteamientos, ni referencias clásicas como la identidad de lugar de Proshansky, Fabian y Kaminoff (1983), quienes la entienden como una subestructura del *self*, en la mayoría de las aportaciones teóricas se destaca la continuidad temporal de la persona a través de los lugares como principio explicativo en cada una de las diferentes aproximaciones donde se vinculan las teorías de la identidad social y los lugares. De esta forma, la narración de los lugares, como reconstrucción social constante y donde la memoria es entendida como los significados compartidos, es una práctica social más (Vázquez, 2001), a través de la cual se expresa y se forma la identidad (Devine-Wright y Lyons, 1997; Feldman, 1996; Fried, 2000; Twigger-Ross y Uzzell, 1996).

Más desarrollada es la aproximación basada en cuatro principios explicativos aportados por Breakwell (1992), quien al de continuidad ya expuesto, además de matizarlo en un doble sentido (de referencia y de congruencia con el lugar), añade en su modelo de identidad los principios de distintividad, autoeficacia y autoestima. Para esta autora británica, los contenidos personales y sociales, y sus valores asociados que conforman la identidad, se regulan mediante dos procesos: asimilación/acomodación y evaluación. Por el primero se incorpora nueva información al tiempo que se reestructura la identidad existente para acomodarla. Por el segundo se reequilibra el valor, redistribuyéndolo entre la nueva información asimilada a la identidad. Ambos procesos son guiados por los cuatro principios apuntados.

En suma y en relación también con el apartado anterior, el énfasis en el significado del entorno, como proveedor de un sentido de continuidad y diferenciación, además de autoestima y autoeficacia, representa un conjunto de significados y símbolos con los que las personas pueden identificarse (interiorización), a la vez que representa también una expresión de su identidad (exteriorización). Pero también conviene recordar, como ya apuntaban en su momento Devine-Wright y Lyons (1997), cierta negligencia de los aspectos sociales en las aportaciones teóricas sobre la formación de la identidad en general, al olvidar el rol del entorno en la cohesión de los grupos y la influencia social. De lo que se deduce la idoneidad del concepto de apropiación del espacio para abordar dichas ausencias, en especial en aquellos aspectos más necesitados de teorización y contrastación según se desprende de la literatura científica.

La querencia por el lugar: el apego

En la misma línea de los argumentos que hemos esgrimido para explicar la poca presencia del concepto de apropiación en la literatura científica en psicología ambiental, Irving Altman y Setha Low (1992) destacan cómo la

orientación positivista dominante en la investigación social dificulta también el interés por los vínculos de las personas y los espacios desde una aproximación fenomenológica. Para Altman y Low la complejidad del fenómeno desaconseja su abordaje de manera fragmentada, un abordaje que pretenden “corregir” a través de su visión del concepto de apego al lugar. Apuestan por una aproximación cercana al punto de vista transaccional propuesto por Altman y Rogoff (1987), la orientación contextualista (Stokols, 1987) y los enfoques fenomenológicos y de carácter holístico (Low y Altman, 1992), que han sido propuestos en el ámbito de la psicología ambiental, y que sin ánimo de profundizar en ellos, recogen algunos puntos de vista epistemológicos de carácter similar aplicados en otros ámbitos de las ciencias sociales.

Esta visión holística del apego al lugar considera como aspectos clave los diferentes patrones en que debe entenderse el apego (afectos, emociones, sentimientos, creencias, pensamientos, conocimientos, acciones, conductas, etc.); el lugar (variables en su escala, tangibilidad y especificidad); los actores (en el sentido individual, grupal, colectivo o cultural); las relaciones sociales (interpersonales, de la comunidad o culturales, a las que las personas se vinculan a través del lugar) y el tiempo (lineal como pasado, presente y futuro además de cíclico, con significados y actividades recurrentes). Se trata de una visión colindante con la propuesta elaborada a partir del concepto de la apropiación del espacio. Sin lugar a dudas su carácter dialéctico, su cercanía a la sensibilidad fenomenológica y su pretensión holística explican dicha proximidad.

Pero además de esta visión, el apego al lugar puede ubicarse dentro del interés por el lugar mostrado desde diferentes disciplinas. Dentro de la psicología ambiental, David Canter (1977) ya destacaba el lugar como unidad de experiencia ambiental y resultado de las relaciones entre las acciones, las concepciones y los atributos físicos, sugiriendo más tarde (Canter, 1997) cuatro facetas interrelacionadas del lugar: la diferenciación funcional, los objetivos (o concepciones del lugar), la escala de interacción y los aspectos del diseño. Josep Muntañola (1996, 2000) aborda la noción de lugar desde la arquitectura, atendiendo a planteamientos piagetianos, mientras que David Stea hace lo propio, si bien atendiendo al desarrollo de la noción de espacio desde el ámbito de la geografía (Stea, Elguea y Blaut, 1997). También desde esta última disciplina, Relph (1976) mencionaba tres componentes de los lugares: el escenario físico, las actividades y los significados. Sensible a este ámbito, Robert Hay (1998) define el concepto de sentido de lugar de manera diferente al de apego, por entenderlo como un proceso, como un desarrollo continuado de tres contextos interrelacionados: el estatus residencial, el estadio vital y el tipo de vínculo o apego adulto, cuyo antecedente principal son las teorías sobre el apego materno-filial (Bowlby, 1969, 1973, 1980). Aunque este énfasis diferencial debería atribuirse, más que a la propuesta de Altman y Low (1992) cuando refieren su sensibilidad fenomenológica, a otro tipo de aportaciones que resumimos a partir de este punto.

En el análisis del apego al lugar, fundamentalmente ha predominado el desarrollo de modelos para describir el vínculo de las personas con los lugares a partir de la evaluación de los vínculos afectivos con el lugar y desde un nivel

de análisis individual (Hay, 1998), olvidando el resto de patrones y niveles presentados en la propuesta explicativa de Altman y Low (1992), ya expuesta, y en la que, además de los niveles (individual, grupal, etc.) de los actores, se remarcan los patrones de apego, las relaciones sociales, el lugar y el tiempo. Parecido “desarrollo” podría atribuirse a otros conceptos cercanos como el sentido psicológico de comunidad (Sarason, 1974), desarrollado desde tres enfoques principales: la satisfacción con la comunidad, el apego a la comunidad y la relación de la identidad con la vida en la comunidad (Hay, 1988). Amparada en la tradición de la investigación psicosocial de la calidad de vida, el enfoque de la satisfacción con la comunidad ha destacado el proceso evaluativo de la misma. En cambio en el apego a la comunidad el interés se ha centrado en la inversión afectiva y emocional con los lugares, explicada con frecuencia a partir del tiempo de residencia y la percepción de las características físicas del entorno y la implicación en la red social. La investigación de la relación de la identidad con la vida comunitaria procede en cambio de perspectivas fenomenológicas y metodologías cualitativas (Vidal, 2002). A esta contextualización histórica y teórica del sentimiento de comunidad cabe añadir la realizada por Alipio Sánchez (2001), quien destaca dos elementos principales en su aproximación empírica al concepto: el lugar (sentimiento de pertenencia a la comunidad o barrio) y la relación (la interacción vecinal y la interdependencia).

Volviendo al apego al lugar y al ámbito de la psicología ambiental, para Mari Carmen Hidalgo (1998, Hidalgo y Hernández, 2001) la característica más destacada de este vínculo es la tendencia a lograr y mantener cierto grado de proximidad hacia lo que se siente apego. Hidalgo sitúa el concepto en relación con otros cercanos como el ya mencionado apego a la comunidad (Kasarda y Janowitz, 1974) y el sentido psicológico de comunidad (Sarason, 1974), y destaca su papel en la configuración de la identidad de lugar (Proshansky, Fabian y Kaminoff, 1983), la identidad urbana (Lalli, 1992) y la identidad social urbana (Valera, 1997), además de su relación con la satisfacción residencial (Amérigo, 1995) –siendo el apego al lugar un buen predictor– y la apropiación del espacio, entre los principales.

Tras esta exposición en torno a los procesos relativos a la significación de los lugares, su relación con la identidad y el apego, en cuya base consideramos a la apropiación como proceso fundamental, nos queda por exponer algunas propuestas respecto al concepto de la apropiación y su utilidad en algunas de las cuestiones que parecen estar presentes en la agenda de la sociedad actual.

La apropiación del espacio como propuesta teórica para la agenda social

La visión que hemos desarrollado hasta aquí se concreta en una propuesta general (ver figura 1) y otra concreta (ver figura 2) que fue contrastada empíricamente en el barrio de Trinitat Nova de Barcelona (Vidal, 2002; Vidal, Pol, Guàrdia y Peró, 2004). En primer lugar (figura 1), entendemos que la apropiación del espacio es un proceso dialéctico por el cual se vinculan las personas y los espacios, dentro de un contexto sociocultural, desde los niveles individual,

grupal y comunitario hasta el de la sociedad. Este proceso se desarrolla a través de dos vías complementarias, la acción-transformación y la identificación simbólica. Entre sus principales resultados se hallan el significado atribuido al espacio, los aspectos de la identidad y el apego al lugar, los cuales pueden entenderse como facilitadores de los comportamientos respetuosos con los entornos derivados de la implicación y la participación en éstos.

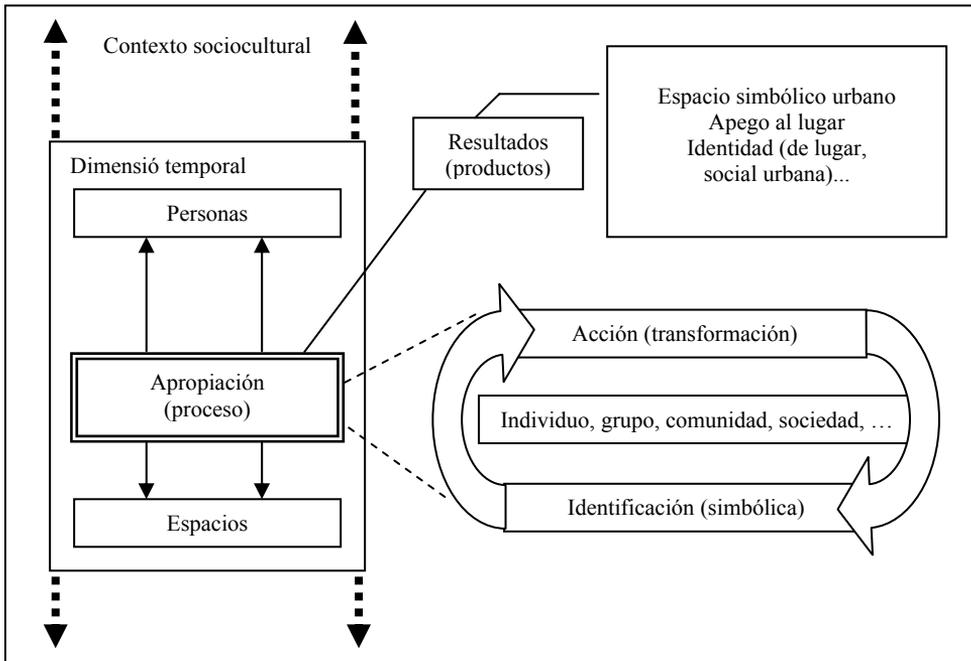


Figura 1. Esquema de la apropiación del espacio (adaptado de Vidal, 2002).

Este planteamiento ha sido sometido a contrastación empírica, en relación con el apego al lugar, en un contexto urbano (Vidal, 2002; Vidal, Pol, Guàrdia y Però, 2004), lo que constituye nuestra propuesta concreta resumida en la figura 2. Consideramos que la apropiación del espacio, a través de la identificación y la acción en el entorno (el barrio en este caso), explican el apego al mismo. El modelo teórico de análisis se compone de tres dimensiones con la relación indicada gráficamente: la acción y la identificación explican el apego al barrio.

La acción y la identificación son dos dimensiones habituales en la mayoría de las conceptualizaciones revisadas. En este sentido, desde las orientaciones preocupadas por la significación del espacio, la acción y la significación emocional se vinculan a través de la experiencia, además de la identificación (Corraliza, 2000; Stokols y Shumaker, 1981). Mientras que desde las orientaciones interesadas por la relación entre identidad y lugar se destacan, además de los procesos de identificación, la dimensión conductual operacionalizada principalmente

a través las prácticas y las interacciones sociales que se mantienen en el espacio (Devine-Wright y Lyons, 1997; Twigger-Ross y Uzzell, 1996; Valera y Pol, 1994). Incluso los principales puntos de vista sobre el apego al lugar (Altman y Low, 1992; Hidalgo y Hernández, 2001), también destacan las acciones y las identificaciones.

En nuestro modelo de análisis (figura 2), la dimensión de la acción se divide en tres componentes: acciones cotidianas en el lugar; acciones orientadas hacia el lugar y acciones en torno a los proyectos de futuro del lugar. Esta división en tres componentes permite precisar la dimensión de la acción, que es destacada en la mayoría de aportaciones teóricas revisadas, en las que se señalan principalmente las interacciones sociales cotidianas, las prácticas y las actividades habituales y las menos habituales e incluso de carácter ritual.

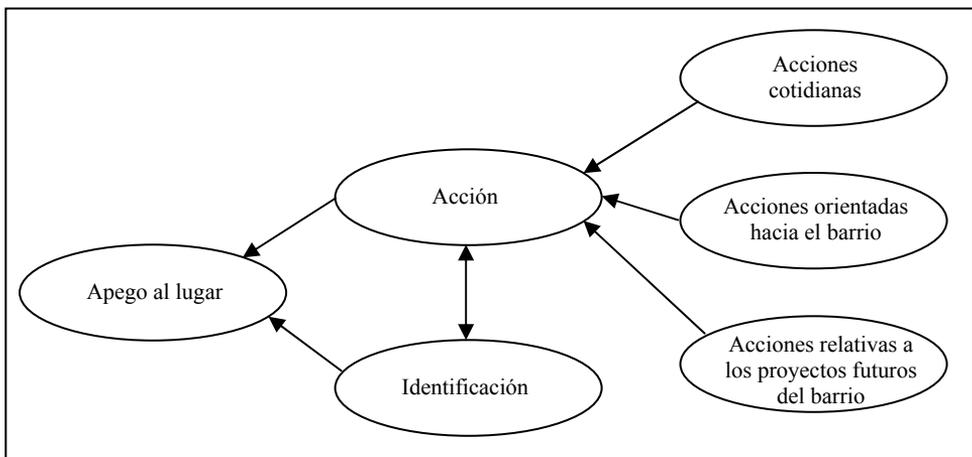


Figura 2. Modelo teórico de análisis de la apropiación en un barrio de Barcelona (Vidal, Pol, Guàrdia y Però, 2004)

El componente denominado acciones en torno a los proyectos de futuro del barrio estaba muy relacionado con la participación en el problema y las soluciones respecto a la reforma urbanística del barrio (Trinitat Nova). Consideramos que ésta era la forma particular de recoger, en el caso analizado, aquellas acciones que en una comunidad pueden articularse en torno a su carácter más colectivo y compartido. Estas acciones, junto con las acciones de carácter cotidiano (como hacer la compra en el barrio y relacionarse con los vecinos) y las acciones orientadas hacia el barrio (como asistir a las actividades que se realizan en el barrio) fueron recogidas a través de diferentes indicadores en cuestionarios y entrevistas, al igual que el resto de dimensiones (identificación y apego al lugar).

Los indicadores que configuran el componente de identificación recogen, por un lado, los tres procesos implicados en la identificación mencionados por Graumann (1983) –identificar el entorno, ser identificado por el entorno e

identificarse con el entorno—, además de los principios que guían los procesos de identidad según el modelo de Breakwell (1992) —distintividad, continuidad temporal, autoestima y autoeficacia— y los planteamientos clásicos de las teorías de la identidad social de Tajfel y Turner y recogidos por Valera (1997) en torno al concepto de identidad social urbana. En cuanto a los indicadores del apego al lugar (sentirse del barrio, querer seguir viviendo en el barrio, etc.) se hallan en consonancia con los recogidos habitualmente en la literatura (Amé-rigo, 1995; Hidalgo y Hernández, 2001; Ringel y Finkelstein, 1991)

Tras esta exposición, esperamos que puedan hallarse suficientes argumentos para aceptar nuestra consideración en torno a la apropiación del espacio como vía de aproximación teórica útil para comprender e intervenir en algunos de los “síntomas” habituales con que suelen caracterizarse las sociedades actuales. Un panorama caracterizado por el declive del espacio público, espoleado por el dominio de la aceleración o el instante favorecido por las nuevas tecnologías, y la desaparición de la noción de distancia y de límites, como mencionábamos al principio. A lo que suele añadirse habitualmente como síntomas del malestar de la sociedad, la fragmentación social y la desconfianza generalizada. Pero, por otro lado, esos mismos indicios pueden leerse como indicadores del desapego por lo público, producto de unos “modos” de apropiación en crisis y, por ello, elementos a través de los cuales iniciar su “inversión”. Si como dice Castells el espacio de flujos ha suplantado al espacio de lugares, ¿cómo devolverle su protagonismo?, asumiendo la premisa de la necesidad humana de esa base “local” en la génesis de los significados. ¿Como “reconstruir” de nuevo la confianza que apunta Bauman? ¿Cómo garantizar el derecho a la ciudad que mencionaba Henri Lefebvre?

Obviamente no hay respuestas claras, ni en ocasiones preguntas adecuadas, pero consideramos que la apropiación y fundamentalmente los “modos” de apropiación pueden aportar más elementos a esta discusión. Unos modos de apropiación que aquella psicología del espacio de la década de 1960 a la que ya hemos aludido (Moles y Rohmer, 1990) situaba como resultado de la dialéctica entre dos “filosofías” del espacio: la centralidad y la extensión cartesiana. O en otras palabras, en un modo de apropiación por arraigo (dominante) y en un modo errático, como el tuareg o el bohemio (minoritario), cuya forma de apropiación del espacio es por exploración. Unos modos “revisitados” de nuevo por algunos autores (Gustafson, 2001b) y que pueden ser destacables a la luz de las nuevas “realidades” de interacción con los entornos (global-local) caracterizadas por la movilidad.

Una propuesta, en suma, que se halla cercana a muchos de los planteamientos de lo que se ha denominado ‘empoderamiento de la comunidad’, concepto central en la investigación-acción y la psicología comunitaria de corte latinoamericano. Unas tesis cercanas a los propósitos preocupados por la construcción de la ciudadanía a través de su “participación” en la esfera pública (Vidal, en prensa) y fundamental también en las pretensiones de sostenibilidad. En este sentido, consideramos que el fortalecimiento y la vertebración del tejido social —a partir de la apropiación del espacio— es una premisa indispensable para la sostenibilidad (Pol, 2002b). Pero la vertebración social con frecuencia

se plantea “desconectada” de las otras dimensiones (económica y ambiental) de este denominado “desarrollo sostenible”. En nuestra opinión, la participación y la reapropiación ciudadana de la esfera pública también inciden en lo que viene denominándose gobernanza participativa, como alternativa para “resolver” la inequidad e injusticia social, la segregación urbana y el aumento de la exclusión social, entre otros efectos atribuibles al “ineficaz” modelo de desarrollo económico “insostenible”.

REFERENCIAS

- Albrow, M. (1997). Travelling beyond local cultures: Socioscapes in a global city. En J. Eade (Ed.), *Living the global city: Globalization as a local process*. (pp. 37-55). London: Routledge.
- Altman, I. (1975). *The environment and social behavior: Privacy, personal space, territoriality and crowding*. Monterey (Ca.): Brooks/Cole.
- Altman, I. y Low, S.M. (1992). *Place attachment*. New York: Plenum Press.
- Altman, I. y Rogoff, B. (1987). World views in psychology: Trait, interactional, organismic, and transactional perspectives. En D. Stokols y I. Altman (Eds.), *Handbook of environmental psychology* (vol. 1, pp. 7-40). New York: Wiley.
- Amérigo, M. (1995). *Satisfacción residencial. Un análisis psicológico de la vivienda y su entorno*. Madrid: Alianza.
- Augé, M. (2000). *Los “no lugares”, espacios del anonimato: una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa (Original, 1992).
- Bauman, Z. (2005). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: FCE. (Original, 2000)
- Bauman, Z. (2001). *Globalització. Les conseqüències humanes*. Barcelona: Edicions de la Universitat Oberta de Catalunya y Pòrtic. (Original, 1998).
- Bauman, Z. (2003). *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Madrid: Siglo XXI.
- Boddy, T. (2004). Subterránea y elevada: la construcción de la ciudad análoga. En M. Sorkin (Ed.), *Variaciones sobre un parque temático. La nueva ciudad americana y el fin del espacio público* (pp. 145-176). Barcelona: Gustavo Gili.
- Borja, J. y Muxi, Z. (2001). *L'espai públic: ciutat i ciutadania*. Barcelona: Diputació de Barcelona.
- Bowlby, J. (1969). *Attachment and loss. Attachment* (vol. 1). New York: Basic Books.
- Bowlby, J. (1973). *Attachment and loss. Separation* (vol. 2). New York: Basic Books.
- Bowlby, J. (1980). *Attachment and loss. Loss, sadness and depression* (vol. 3). New York: Basic Books.
- Breakwell, G.M. (1992). Processes of self-evaluation: Efficacy and estrangement. En G.M. Breakwell (Ed.), *Social Psychology of Identity and the Self-Concept*. Surrey: Surrey University Press.
- Brower, S. (1980). Territory in Urban Settings. En I. Altman, A. Rapoport y J.F. Wohlwill (Eds.), *Culture and Environment. Human Behavior and Environment* (vol. 4, pp. 179-207). New York: Plenum Press.
- Canter, D. (1976). A procedure for the exploration of place appropriation. En P. Korosec-Serfaty (Ed.), *Appropriation of space. Proceedings of the Strasbourg conference. 3rd IAPC*. (pp. 100-110). Lovain-la-Neuve: CIACO.
- Canter, D. (1988). *Environmental Social Psychology*. NATO ASI Series: Behavioural and Social Sciences, vol. 45, Dordrechts: Kluwer.
- Canter, D. (1977). *The psychology of place*. London: Architectural Press.
- Canter, D. (1997). *The facets of place*. En G.T. Moore y R.W. Marans (Eds.), *Advances in environment, behavior and design; vol 4. Toward the integration of theory, methods, research and utilization* (pp. 109-147). New York: Plenum.
- Canter, D. y Rees, K. (1982). A multivariate model of housing satisfaction. *International Review of Applied Psychology*, 31, 185-208.
- Castells, M. (1997). *La era de la información: economía, sociedad y cultura* (3 vols.). Madrid: Alianza. (Original, 1996).
- Codol, J.P. (1975). On the so-called's superior conformity of the self-behavior: twenty experimental investigations. *European Journal of Social Psychology*, 5, 4, 457-501.
- Codol, J.P. (1982). Differentiating and non-differentiating behavior: An approach to the sense of identity. En J.P. Codol y J.P. Leyens (Eds.), *Cognitive analysis of social behavior* (pp. 267-293). The Hague: Martinus Nijhoff.
- Codol, J.P. (1984). Social differentiation and non-differentiation. En H. Tajfel (Ed.), *The social dimension* (vol. 1, pp. 314-337). Cambridge: Cambridge University Press.

- Corraliza, J.A. (1987). *La experiencia del ambiente. Percepción y significado del medio construido*. Madrid: Tecnos.
- Corraliza, J.A. (2000). Emoción y ambiente. En J.I. Aragonés y M. Américo (Eds.), *Psicología Ambiental* (pp. 59-76). Madrid: Pirámide, 2ª ed.
- Devine-Wright, P. y Lyons, E. (1997). Remembering pasts and representing places: The construction of national identities in Ireland. *Journal of Environmental Psychology*, 17, 33-45.
- Feldman, R.M. (1990). Settlement-identity: Psychological bonds with home places in a mobile society. *Environment and Behavior*, 22, 183-229.
- Feldman, R.M. (1996). Constancy and change in attachments to types of settlements. *Environment and Behavior*, 28, 419-445.
- Fried, M. (2000). Continuities and discontinuities of place. *Journal of Environmental Psychology*, 20, 193-205.
- Graumann, C.F. (1983). On multiple identities. *International Social Sciences Journal*, 35, 309-321.
- Gibson, J.J. (1979). *An ecological approach to visual perception*. Boston: Houghton Mifflin.
- Gustafson, P. (2001a). Meanings of place: Everyday experience and theoretical conceptualizations. *Journal of Environmental Psychology*, 21, 5-16.
- Gustafson, P. (2001b). Roots and routes. Exploring the relationship between place attachment and mobility. *Environment and Behavior*, 33, 667-686.
- Hay, R. (1998). Sense of place in developmental context. *Journal of Environmental Psychology*, 18, 5-29.
- Hidalgo, M.C. (1998). *Apego al lugar: ámbitos, dimensiones y estilos*. Tesis doctoral no publicada, Universidad de La Laguna.
- Hidalgo, M.C. y Hernández, B. (2001). Place attachment: conceptual and empirical questions. *Journal of Environmental Psychology*, 21, 273-281.
- Hummon, D.M. (1992). Community attachment: Local sentiment and sense of place. En I. Altman y S.M. Low (Eds.), *Place Attachment. Colección Human Behavior and Environment: Advances in Theory and Research* (vol. 12, pp. 253-278). New York: Plenum Press.
- Kasarda, J.D. y Janowitz, M. (1974). Community attachment in mass society. *American Sociological Review*, 39, 328-339.
- Korosec-Serfaty, P. (1976). *Appropriation of space. Proceedings of the Strasbourg conference. IAPC-3*. Strasbourg-Lovaine La Neuve: CIACO.
- Lalli, M. (1992). Urban-related identity: Theory, measurement, and empirical findings. *Journal of Environmental Psychology*, 12, 285-303.
- Low, S.M. y Altman, I. (1992). Place attachment: A conceptual inquiry. En I. Altman y S.M. Low (Eds.), *Place Attachment. Colección Human Behavior and Environment: Advances in Theory and Research* (vol. 12, pp. 1-12). New York: Plenum Press.
- Lynch, K. (1985). *La imagen de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili. (Original, 1960).
- Moles, A.A. y Rohmer, E. (1990). *Psicología del espacio*. Barcelona: Planeta, Círculo de Lectores. (Original 1964).
- Muntañola, J. (1996). *La arquitectura como lugar*. Barcelona: Edicions UPC. (Original 1973).
- Muntañola, J. (2000). *Topogénesis. Fundamentos de una nueva arquitectura*. Barcelona: Edicions UPC.
- Pol, E. (1993). *Environmental Psychology in Europe. From Architectural Psychology to Green Environmental Psychology*. London: Avebury.
- Pol, E. (1996). La apropiación del espacio. En L. Íñiguez y E. Pol (Eds.), *Cognición, representación y apropiación del espacio*. Colección Monografías Psico-Socio-Ambientales (vol. 9, pp. 45-62). Barcelona: Publicacions de la Universitat de Barcelona. (Original, 1994, en *Familia y Sociedad*, 12, 233-249).
- Pol, E. (1997). Symbolism a priori. Symbolism a posteriori. En A. Remesar (Ed.) *Urban regeneration. A challenge for public art*. Colección Monografías Psico/Socio/Ambientales (vol. 6, pp. 71-76). Barcelona: Publicacions de la Universitat de Barcelona.
- Pol, E. (2002a). El modelo dual de la apropiación del espacio. En R.García Mira, J.M. Sabucedo y J.Romay (Eds.), *Psicología y Medio Ambiente. Aspectos psicosociales, educativos y metodológicos* (pp.123-132). A Coruña: Asociación galega de estudios e investigación psicosocial.
- Pol, E. (2002b). City-Identity-Sustainability (CIS). *Environment and Behavior*, 34(1). [Número monográfico].
- Proshansky, H.M., Fabian, A.K. y Kaminoff, R. (1983). Place-Identity: Physical world socialization of the self. *Journal of Environmental Psychology*, 3, 57-83.
- Relph, E. (1976). *Place and placelessness*. London: Pion.
- Ringel, N.B. y Fingelstein, J.C. (1991). Differentiating neighborhood satisfaction and neighborhood attachment among urban residents. *Basic and Applied Social Psychology*, 12, 77-193.
- Robertson, R. (1995). Glocalization: Time-space and homogeneity-heterogeneity. En M. Featherstone, S. Lash y R. Robertson (Eds.), *Global Modernities* (pp 25-44). London: Sage.
- Sánchez, A. (2001). Medida y estructura interna del sentimiento de comunidad: un estudio empírico. *Revista de Psicología Social*, 16, 157-175.

- Sarason, S.B. (1974). *The psychological sense of community: Prospects for a community psychology*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Sennett, R. (1970). *Personal identity and city life*. New York: Alfred Knops, Inc. (Traducción al castellano en Ed. Península, 2001).
- Sennett, R. (1974). *The fall of public man*. New York: Alfred Knops, Inc. (Traducción al castellano en Ed. Península, 2002).
- Sherif, M. y Sherif, C.W. (1953). *Groups in harmony and tension. An integration of studies on intergroup relations*. New York: Harper.
- Sorkin, M. (Ed.) (2004). *Variaciones sobre un parque temático. La nueva ciudad americana y el fin del espacio público*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Stea, D., Elguea, S. y Blaut, J.M. (1997). Desarrollo del conocimiento del espacio a la escala macroambiental entre niños muy jóvenes. Una investigación transcultural. *Revista Interamericana de Psicología*, 31, 141-147.
- Stefanou, J. y Hatzopoulou, A. (1993). The physiognomy of places. The imprint of specificities of a society on space. *Sociétés*, 40, 211-216.
- Stokols, D. (1981). Group X Place Transactions: Some neglected issues in psychological research on settings. En D. Magnusson (Ed.), *Toward a psychology of situations: An interactional perspective*. (pp. 393-415). Hillsdale, N.J.: Lawrence Erlbaum.
- Stokols, D. (1987). Conceptual strategies of environmental psychology. En D. Stokols y I. Altman (Eds.), *Handbook of Environmental Psychology* (vol. 1, pp. 41-70). New York: John Wiley & Sons.
- Stokols, D. y Shumaker, S. (1981). People in places: A transactional view of settings. En J.H. Harvey (Ed.), *Cognition, social behavior and the environment*. (pp. 441-488). Hillsdale: Erlbaum.
- Tajfel, H. (1978). *Differentiation between social groups: Studies in the social psychology of intergroup relations*. New York: Academic Press.
- Tajfel, H. (1984). *Grupos humanos y categorías sociales*. Barcelona: Herder. (Original, 1981).
- Tajfel, H. y Turner, J.C. (1986). The social identity theory of intergroup behavior. En S. Worschel y W.G. Austin (Eds.), *The social psychology of intergroup relations*. (pp. 7-24). Chicago: Nelson.
- Tuan, Y.F. (1974). *Topophilia: A study of environmental perception, attitudes and values*. Englewood Cliffs (N.J.): Prentice Hall.
- Turner, J.C. (1990). *Redescubrir el grupo social*. Madrid: Morata. (Original, 1987).
- Twigger-Ross, C.L. y Uzzell, D.L. (1996). Place and identity processes. *Journal of Environmental Psychology*, 16, 205-220.
- Valera, S. (1993). *El simbolisme en la ciutat. Funcions de l'espai simbòlic urbà*. Tesis doctoral. Universitat de Barcelona.
- Valera, S. (1996). Análisis de los aspectos simbólicos del espacio urbano. Perspectivas desde la psicología ambiental. *Revista de Psicología. Universitat Tarraconensis*, 18, 63-84.
- Valera, S. (1997). Estudio de la relación entre el espacio simbólico urbano y los procesos de identidad social. *Revista de Psicología Social*, 12, 17-30.
- Valera, S., Guàrdia, J. y Pol, E. (1998). A study of the symbolic aspects of space using nonquantitative techniques of analysis. *Quality and Quantity*, 32, 367-381.
- Valera, S. y Pol, E. (1994). El concepto de identidad social urbana: una aproximación entre la psicología social y la psicología ambiental. *Anuario de Psicología*, 62, 5-24.
- Vázquez, F. (2001). *La memoria como acción social. Relaciones, significados e imaginario*. Barcelona: Paidós.
- Vidal, T. (2002). El procés d'apropiació de l'entorn. Una proposta explicativa i la seva contrastació. Universitat de Barcelona. Tesis doctoral publicada en-línea, disponible en <http://www.tdx.cesca.es>
- Vidal, T. (en prensa). La dimensió psicosocial de la participació. En VV.AA. *Participació per a la gestió y efecte Nimby. Col·lecció Monografies socioambientals*. Barcelona: Publicacions de la UB
- Vidal, T., Pol, E., Guàrdia, J. y Però, M. (2004). Un modelo de apropiación del espacio mediante ecuaciones estructurales. *Medio Ambiente y Comportamiento Humano*, 5(1 y 2), 27-52.